

Belarús se consume sal yodada, y en Rusia y Ucrania esa cifra es de aproximadamente el 30%. Ello significa que cada año unos 41.000 niños en Belarús, 274.000 niños en Ucrania y un millón de niños en la Federación de Rusia nacen con insuficiencia de yodo. Lo que se requiere en este sentido es que los dirigentes de Belarús, la Federación de Rusia y Ucrania asuman el compromiso de actuar. La comunidad internacional está dispuesta a brindar asistencia. En los tres países es necesario que exista una alianza entre la comunidad de la salud pública, los medios de difusión, las federaciones de consumidores y los productores de sal para garantizar que todos los hogares conozcan los beneficios de la sal yodada y que se venda en sus tiendas. La yodación universal de la sal en esos tres países sería un legado positivo y duradero para los que sufrieron la tragedia de Chernobyl. Al proteger la salud, aumentar el potencial de aprendizaje, elevar la productividad e impedir los trastornos ocasionados por la carencia de yodo, se puede contribuir a los objetivos de desarrollo del Milenio. En 2002 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), con el apoyo de la Organización Mundial de la Salud y la Oficina de las Naciones Unidas de Coordinación de Asuntos Humanitarios, encargaron la preparación de un informe sobre las consecuencias humanas del accidente nuclear de Chernobyl. Las recomendaciones que figuran en ese informe han orientado la respuesta del sistema de las Naciones Unidas a las necesidades de las zonas afectadas por el desastre. Las Naciones Unidas ahora están cambiando el curso de su apoyo para que pase de la asistencia humanitaria directa al desarrollo sostenible a largo plazo.

El UNICEF y nuestros asociados también trabajan para dar respuesta a los problemas psicológicos ocasionados por el desastre de Chernobyl. De hecho, una de las cicatrices duraderas de Chernobyl es el temor al futuro que los padres con frecuencia transmiten a sus hijos. El UNICEF trabaja para abordar esta situación al educar a los niños sobre medios de vida saludables y ayudar a inculcarles optimismo. Trabajamos con otros organismos de las Naciones Unidas para preparar un manual práctico que ayude a los niños y a las familias a encarar las consecuencias de Chernobyl. Estamos colaborando con asociados de las organizaciones no gubernamentales en la elaboración de programas que ayuden a capacitar a los jóvenes para que puedan encontrar empleo.

La dura realidad de Chernobyl es que, 20 años después, los efectos persisten sobre el terreno y en la mente de las personas. Sin embargo, el mundo tiene la posibilidad de ayudar a cicatrizar esas heridas, adoptar medidas que desencadenen las ilimitadas posibilidades humanas de la generación más joven. Con ocasión de este vigésimo aniversario, nos reunimos para recordar a los afectados por el desastre de Chernobyl, pero también debemos comprometernos a impedir que ocurran daños ulteriores en las zonas afectadas.

El Presidente interino (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el representante de Belarús.

Sr. Dapkiunas (Belarús) (*habla en inglés*): En nombre del Gobierno de Belarús y en nombre de mis compatriotas, deseo agradecer a todos su presencia. Consideramos su presencia en este Salón como una señal alentadora de que en realidad quedan muchos en el mundo para quienes la tragedia de hace 20 años no se ha convertido en una mera nota de pie de página en la historia de la energía nuclear con fines civiles. Del mismo modo, con gran respeto y gratitud, recordamos hoy a cada uno de los 69 países asociados que patrocinaron el año pasado la amplia resolución de la Asamblea General sobre Chernobyl (resolución 60/14).

Por trágico capricho del destino, Belarús —sin duda el más pequeño de los tres países más afectados— recibió el golpe más fuerte de ese desastre nuclear. Un mortal 70% de toda la precipitación radiactiva de Chernobyl cayó sobre el territorio de Belarús. Una quinta parte del territorio del país sigue contaminada con radionucleidos. Los expertos de las Naciones Unidas estimaron que los daños generales causados a Belarús como resultado del desastre ascendieron a unos 235.000 millones de dólares. Puede decirse que Belarús es uno de los pocos países del mundo cuyo trabajo para lograr los objetivos de desarrollo del Milenio se ve prácticamente por una siniestra sombra radiactiva.

Lo que se ha definido atinadamente como el peor desastre tecnológico del mundo en la era nuclear, se convirtió para Belarús en nada más y nada menos que una catástrofe nacional. En cuanto a la profundidad de la tragedia humanitaria, en cuanto a la gravedad de la percepción y reacción humanas y en cuanto a la ruptura de la urdimbre social de la sociedad de Belarús, la tragedia de Chernobyl es lo más cercano al persistente legado de la pasada guerra mundial. La guerra y Chernobyl son las peores cicatrices que existen en el alma de Belarús. Son importantes e indispensables para

comprender la mentalidad y para sintonizar con los latidos de los corazones de los belarusos comunes y corrientes.

Como ya se ha dicho y como volverá a decirse hoy, se ha logrado mucho en los 20 últimos años en lo que respecta a las consecuencias del desastre. Los propios habitantes de Belarús han hecho mucho. La asistencia de nuestros asociados extranjeros, tanto gobiernos como la sociedad civil, ha sido importante y muy necesaria. Los belarusos jamás olvidarán esas muestras de compasión y de apoyo amigo. Esos nobles gestos sientan las bases más duraderas de relaciones abiertas y dignas de confianza entre los pueblos y los Estados.

La nueva estrategia para la recuperación y el desarrollo sostenible de las regiones afectadas fue el elemento central de un reciente acontecimiento histórico sobre Chernobyl: la Conferencia Internacional de Minsk, que concluyó sus trabajos hace una semana.

Con el fin de subrayar los retos específicos que enfrentan los países más afectados por el desastre de Chernobyl y la necesidad de elaborar un marco exhaustivo y racionalizado para la cooperación multilateral con Chernobyl, en la Conferencia de Minsk se sugirió que se proclamasen los años 2006 a 2016 Decenio Internacional para la Recuperación y el Desarrollo Sostenible de las Regiones Afectadas por el Desastre de Chernobyl. Esperamos que esa iniciativa reciba el apoyo de los Estados Miembros, y confiamos asimismo en el firme liderazgo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo a la hora de ponerla en práctica.

Hay elementos que Belarús necesita para superar los daños causados por Chernobyl. En los últimos años hemos venido prestando especial atención a las consecuencias prolongadas del desastre en los ámbitos médico y del medio ambiente. Agradecemos a los países donantes, a las organizaciones internacionales y a la sociedad civil que nos hayan ayudado a realizar esos estudios. Lo que más necesitamos y lo que más nos preocupa tiene que ver con el diagnóstico y la detección precoz del cáncer y las enfermedades cardiovasculares, especialmente en los niños. Para ello, nos hace mucha falta equipamiento médico moderno.

No obstante, también hay cosas que Belarús puede compartir con el mundo, por medio de sus conocimientos, su experiencia y su previsión. Durante la Conferencia de Minsk, por ejemplo, se manifestó apoyo para que se aproveche más y mejor la experiencia reconocida de la comunidad científica de Belarús en el ámbito

nuclear y en relación con el desastre de Chernobyl. Eso atañe en particular a la cuestión de larga data de la ampliación del Comité Científico de las Naciones Unidas para el Estudio de los Efectos de las Radiaciones Atómicas. La composición de ese Comité lleva muchos años siendo la misma, pese a los nuevos retos y problemas que han surgido en el ámbito de la protección frente a las radiaciones. En la Conferencia Internacional de Minsk se sugirió que la Asamblea General aborde esa cuestión con carácter de urgencia práctica. Belarús, al igual que otros países afectados por el desastre de Chernobyl, debería estar debidamente representado en el Comité.

La independencia forma parte del carácter nacional de los belarusos. Nuestra historia trágica y turbulenta ha enseñado a nuestro pueblo a esperar muy poco del mundo exterior. Con el paso de los años, los belarusos se han acostumbrado a aceptar con paciencia y resistencia los regalos trágicos de la historia. En Belarús existe incluso una idea poética de que el pueblo del país siempre cargará con una “cruz de sufrimiento” nacional.

Por eso a Belarús no le interesa que se proponga otro decenio internacional como mera maniobra publicitaria o burocrática. Tampoco estamos compitiendo por un pedazo inmerecido del pastel mundial de la asistencia para el desarrollo. Belarús no tratará de delegar en otros la responsabilidad de la recuperación y el desarrollo de las regiones afectadas. Lo que realmente estamos pidiendo es un compromiso serio y honrado. Lo que esperamos es un decenio internacional de atención humana y solidaridad sinceras para con las personas que siguen enfrentando los peligros de Chernobyl. Esperamos que se comprenda mejor que el problema de Chernobyl nunca ha sido local o regional. Esperamos que se lo entienda de manera valiente y responsable, como un desafío y una preocupación mundiales. Debo admitir que a veces nos resulta difícil entenderlo así.

Con el vigésimo aniversario del desastre se ha reanudado un acalorado debate público internacional en cuanto a la magnitud y la gravedad de las consecuencias de Chernobyl, y en cuanto a si el desastre sigue siendo pertinente. Hay valoraciones opuestas y enfoques dispares.

En Viena, el Foro sobre Chernobyl de las Naciones Unidas llegó a la conclusión de que hay que seguir estudiando las consecuencias médicas y para el medio ambiente del desastre de Chernobyl. Esta importante

conclusión pone de relieve la necesidad de adoptar un enfoque perfeccionado y equilibrado con respecto a los problemas de Chernobyl. Tal enfoque nunca descartaría ninguna sabiduría u opiniones alternativas, por muy poco prácticas o sediciosas que pudieran parecer. Chernobyl nos recuerda constantemente lo poco que sabemos y lo mucho que tenemos que aprender sobre cuestiones que creíamos tener completamente bajo control. Tengamos o no el valor de admitirlo, al tratar de aprovechar la fuente de energía más potente de que dispone la humanidad, hemos desencadenado riesgos y peligros desconocidos que son tan terribles como ocultos.

Hoy se cumplen exactamente dos años desde que el documental premiado *Chernobyl Heart* fuese proyectado en este mismo Salón. En él se abordaba la labor de *Chernobyl Children's Project Internacional*, una organización internacional que trabaja con comunidades y niños afectados por el desastre de Chernobyl. Hoy quisiera citar las palabras de la fundadora de esa organización, Sra. Adi Roche, quien apareció de manera destacada en ese documental y quien, debido a sus logros, posee una gran autoridad moral, tanto en su Irlanda natal como en Belarús. Ella dijo:

“[La gente] pregunta: ‘¿Cuántas personas han muerto? ¿Cuántas morirán? ¿Es seguro que tal o cual cáncer o enfermedad está causado por las radiaciones? ¿Qué es Chernobyl? ¿A qué nivel de radiaciones estuvo expuesto? ¿Por qué, todos parecen tan sanos? Muéstrenme las pruebas’. Se trata de preguntas con respuestas que no suelen ser concretas o que no satisfacen la lógica pura y dura que se pide.

Buscamos respuestas absolutas en situaciones en las que no puede haberlas, en las que no puede haber respuestas definitivas, porque hacemos las preguntas equivocadas. La gente espera ver algo grotesco y deformado y casi se siente decepcionada cuando las personas y las cosas parecen normales; los medios de comunicación se quedan desconcertados. No obstante, esas expectativas desvían la atención de las verdaderas consecuencias, al no darse cuenta de que cualquier dosis es una sobredosis.

Si seguimos buscando únicamente respuestas lógicas y racionales, constantemente nos desviaremos de la verdadera imagen: una imagen de fragilidad humana, una imagen de lo delicado

que es el equilibrio entre el ser humano y la naturaleza. ...mientras tratemos de situar a Chernobyl dentro de nuestro entendimiento actual de las catástrofes, nos seguirá resultando difícil comprenderla. Nuestras experiencias de otros desastres son a todas luces insuficientes, porque enfrentamos un terreno de lo desconocido nunca antes experimentado, que exige una nueva comprensión, una nueva valentía y un nuevo tipo de valor.”

Los belarusos admiramos a esos nobles gobiernos, organizaciones y personas que han seguido siendo honrados y compasivos, y que han seguido prestando atención a la difícil situación de las víctimas de Chernobyl en los 20 últimos años. Admiramos su valentía al encarar la verdad sobre Chernobyl. Admiramos su entrega rotunda y profundamente humana para ayudar a todos los necesitados. Todos esos buenos samaritanos han sido y siguen siendo una fuente inestimable de apoyo e inspiración para el pueblo belaruso.

Sería imposible citar los nombres de todas esas personas en esta sesión, pero quisiera aprovechar esta oportunidad para mencionar y honrar al menos a algunas de las figuras destacadas que forjaron el sistema de coordinación y cooperación de las Naciones Unidas sobre Chernobyl, y que siguen trabajando a nuestro lado. Entre ellas cabe mencionar a tres ex coordinadores de las Naciones Unidas sobre Chernobyl: el Presidente de la Asamblea General, Sr. Jan Eliasson; el Embajador Kenzo Oshima y el Secretario General Adjunto, Sr. Jan Egeland. También hay una serie de personas que hemos invitado a esta sesión y que con el paso de los años han sacrificado desinteresadamente la llama de sus almas en favor de los niños necesitados de un país remoto: el Sr. Donald Cairns, fundador del Proyecto de Ramapo para los Niños de Chernobyl, y el maravilloso equipo de *Chernobyl Children's Project Internacional*, en particular la Sra. Kathy Ryan y la Sra. Sherrie Douglas.

El Presidente interino (*habla en inglés*): Doy la palabra al representante de la Federación de Rusia.

Sr. Shcherbak (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): El miércoles 26 de abril de 2006 se conmemoró el vigésimo aniversario del accidente de la central nuclear de Chernobyl, que pasó a ser la peor catástrofe tecnológica del siglo XX en cuanto a su alcance y sus consecuencias.

Los Jefes de Estado de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) se reunieron en la ciudad rusa de Kazán el 26 de agosto de 2005 e hicieron un llamamiento